LIBRO JUBILAR
EN HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO GIL OLCINA

EDICIÓN AMPLIADA

PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

**LIBRO JUBILAR EN HOMENAJE
AL PROFESOR ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

**LIBRO JUBILAR
EN HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

INSTITUTO INTERUNIVERSITARIO DE GEOGRAFÍA
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Publicaciones de la Universidad de Alicante
03690 Sant Vicent del Raspeig
publicaciones@ua.es
<http://publicaciones.ua.es>
Teléfono: 965 903 480
Fax: 965 909 445

© los autores, 2016
© de la presente edición: Instituto Interuniversitario de Geografía y Universidad de Alicante

ISBN: 978-84-16724-09-3
DOI: <http://dx.doi.org/10.14198/LibroHomenajeAntonioGilOlcina2016>

Coordinación:
Jorge Olcina Cantos y Antonio M. Rico Amorós

Edición, composición y diseño de cubiertas:
Clotilde Esclapez Selva

Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

1866. EUGÈNE POITOU EN ALICANTE

Emilio Soler Pascual

Dto. Historia Medieval y Moderna. Profesor jubilado
Universidad de Alicante

Laura Soler Azorín

Licenciada en Filología Hispánica. Doctoranda.

El periplo español de Eugène Poitou nunca ha sido editado en castellano de forma completa, un buen ejercicio que espera a alguno de los estudiosos de los viajeros galos por la España decimonónica, aunque sí se conocen traducciones parciales de su estancia en Andalucía (Poitou, 2004), Aragón (Castillo Monsegur, 1990) o de su fugaz paso por Murcia (Torres-Fontes Suárez, 1996). Su interesante viaje por tierras alicantinas, que ha permanecido inédito hasta la publicación de este artículo, ni siquiera aparece desarrollado en la selección de una obra pionera e importante sobre los visitantes galos por la Valencia del XIX (Palomero y Bonet, 1994).

Muchos de estos transeúntes franceses dejaron constancia escrita de su viaje por Alicante, unos por obligaciones propias de su profesión y los más porque habían recibido un suculento salario para dejar constancia escrita de este país tan alejado de la modernidad europea. No cabe duda de que uno de ellos, Eugène Louis Poitou, merece nuestra atención, la de Laura Soler, excelente compañera de traducción del texto original francés, y de la mía, siempre interesado en estos asuntos, especialmente porque el trayecto del magistrado francés por la provincia de Alicante (1884, 277-287) a través de diez páginas y de excelentes ilustraciones mil veces repetidas, nunca había sido vertido al castellano, como hemos señalado, y creemos que merecía la pena ser “descubierto” para este trabajo en homenaje a Antonio Gil Olcina.

La descripción de la ciudad de Alicante que deja Poitou es bastante superficial porque la capital no le agradó en absoluto, lugar donde llega tras su viaje en barco desde Málaga. Otro asunto es cuando visita Elche y Orihuela. Las palabras de Eugène Poitou son un verdadero tratado de geografía física y económica al describir suelo, clima y cultivos. El juez y literato galo se recrea largamente en la visión del paisaje “africano” que contempla, tanto en la ciudad de las palmeras como en la Vega Baja, un paisaje que él conoce

bien tras su anterior periplo egipcio; y es en estas descripciones de la geografía sureña alicantina donde Poitou mejora sensiblemente lo que otros viajeros de su tiempo y por estos lugares habían descrito anteriormente. Y todo ello adornado con su ironía habitual, como demuestra cuando busca, desesperadamente, la ignota estación del ferrocarril en Orihuela...

1. VIAJEROS FRANCESES POR LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

Durante el siglo XIX fueron innumerables los escritores franceses que se atrevieron a realizar un viaje por España ya que el Romanticismo había puesto a nuestro país en el centro de las experiencias exóticas que se habían de conocer y, en muchos casos, trasladar al papel impreso. Para Hibbert, curiosamente, las mismas circunstancias que en el XVIII habían mantenido a España fuera del Grand Tour, un siglo después lo habían convertido en objeto de deseo para paseantes con ganas de visitar un país exótico en el último rincón europeo y de suculento negocio para editores de guías viajeras por estos lares.

De golpe, todo el mundo parecía ansioso por conocer los relatos pintorescos que se vivían en nuestro país: como asaltaban los bandoleros en España a los viajeros ricos para aligerarles la bolsa y, decían, entregársela a los más desfavorecidos; con qué ardor amaban a los intrépidos visitantes aquellas bellas mujeres de ojos y pelo negro con navaja disimulada en la liga; visitantes que habían perdido, como por ensalmo, el miedo a una Inquisición que, aunque de capa caída, todavía era capaz de dar más de un susto a todo aquel que se descuidara; visitar unas ruinas musulmanas que se mantenían difícilmente de pie en un país que se asomaba a África; a transitar por un territorio montañoso y excesivamente caluroso, de caminos prácticamente inexistentes y en los que la lluvia o el deshielo hacían sumamente difícil el trayecto. Aunque esto no era tan solo una característica de España ya que muchos países europeos mostraban los mismos defectos. Así, un poeta romántico, Zygmunt Krasiński, nos transmitía una terrible experiencia viajera¹ por Rutenia (1996, 6) cuando iba en pos de su amada.

Los esforzados viajeros por España sufrían también lo indecible al alojarse en ventas y posadas sucias e inadecuadas para el gusto europeo donde, incluso, había que llevarse la comida aunque ya no la cama, como en pasadas épocas; a presenciar un espectáculo innoble que los “bárbaros” españoles consideraban su fiesta nacional y donde el toro y los caballos eran sometidos a escarnios sin igual, tal y como refleja en su obra el magistrado francés objeto de nuestro artículo (1884, 134)

¹ “¡Ah mi única amada! Te escribo en tu propia tierra. Te llamo desde tu misma tierra de la que mana leche y miel, pero, tengo que admitirlo, también barro. Hasta ahora no he visto ni la leche ni la miel, pero mis ojos se han hartado de ver barro...”

Al cabo de tres horas había visto despanzurrar a dieciocho caballos y matar a seis toros. Estaba harto y salí sin deseos de volver. Para mí es este un entretenimiento feroz y salvaje, un espectáculo de un pueblo todavía bárbaro. Me parece que solo sirve para que permanezcan las costumbres más crueles y sanguinarias...

Los visitantes foráneos por España eran unos transeúntes condenados a viajar por un país donde la tradición, la superstición y el poder de los pulpitos convencían y convertían a una población ignorante en grado superlativo. Escritor hubo, como Téophile Gautier, que recibió una irónica invectiva del alemán Henrich Heine mientras asistían a un concierto de Liszt, al enterarse de su inminente viaje a España: “¿Cómo se las va a arreglar usted para hablar de ese país cuando lo conozca?” (1971, 38). Un país sumido en altos grados de corrupción que Poitou siente en sus propias carnes cuando tiene que tratar con los aduaneros y que universaliza, como si estuviera en la España de los tiempos actuales:

Nada se hace en este país si no es con dinero, nada se consigue si no es con dinero. La corrupción reina en la sociedad de arriba abajo, sobre todo en la parte más alta de la sociedad. Además, la corrupción está bien instalada en las costumbres españolas, y no únicamente la malversación sino el robo.

O, en fin, y para no alargar demasiado las penurias que esperaban a los esforzados visitantes de nuestro país, a soportar durante su estancia en España las veleidades de militares que, además, siempre andaban de pronunciamiento en pronunciamiento:

La desgracia de España reside en que, cuando entró en la vía de las reformas sociales y políticas carecían de un “tercer estado” inteligente, ilustrado y enérgico, capaz de sustituir en el gobierno del país a una monarquía decrépita y a una aristocracia ignorante. Por falta de este elemento, conservador a la vez que progresista, se ha visto envuelta durante cincuenta años en las convulsiones de la guerra civil, destrozada por sangrientas reacciones, y ha pasado de los excesos de la revolución a los del absolutismo, cuando no se ha visto arruinada por el conquistador, y así, un día tras otro, se ha ido sumiendo en la decadencia y la ruina.

Lo que sí es seguro es que el viaje a un país extraño, en este caso España como también lo fuera Italia para los viajeros británicos o alemanes, según Brillí, era un continuo enfrentamiento de culturas distintas que se comparaban en el mudable curso del tiempo en un escenario que resultaría ilusoriamente inmutable.

Bien. Fuera lo que fuese lo que atrajo a tan ilustres visitantes, el caso es que mariscales, políticos, diplomáticos y pintores se sumaron a la avalancha de escritores galos deseosos de conocer, a la manera romántica, aquel “desventurado” y “mal gobernado” país que resultaba ser su vecino geográfico. Les daba igual las pocas semanas que utilizaran en su recorrido o no hablar ni una palabra del idioma español para formarse una severa opinión sobre

la situación en que lo encontraban, aunque hay que señalar que durante el siglo XIX los más destacados personajes de la literatura francesa penaron al viajar y escribir sobre España, como Víctor Hugo o Alexandre Dumas.

Algunos de estos viajeros por la península pasaron por la provincia alicantina dejándonos curiosas descripciones de nuestros paisajes urbanos y rurales, pero también y a su modo, de nuestra sociedad, de nuestra forma de ser o de nuestro comercio y agricultura. Y otros hubo, como Víctor Hugo, que a pesar de conocer perfectamente España debido a sus estancias en el País Vasco, exageraron hasta el infinito y escribieron de algo que no habían conocido porque nunca estuvieron por estos lares, echándole imaginación al asunto: Hugo describía en sus célebres *Orientales* la existencia de minaretes moriscos en la capital alicantina, minaretes que viajeros posteriores por Alicante y que habían leído al maestro, no pudieron contemplar jamás...

2. EL PERSONAJE

Según los Bennassar, Eugène-Louis Poitou nació en Angers en 1815 y falleció en Toulouse durante 1880 (1998, 1231). Cursó estudios de Derecho que posteriormente le llevaron a la Magistratura, como juez sustituto, en distintas poblaciones como Leval, Le Mans y Anger. Más tarde, consiguió la plaza del juzgado de primera instancia en el tribunal de su ciudad natal. Poitou, al mismo tiempo que ejercía su carrera de magistrado, se dedicó a la literatura publicando diversos trabajos sobre Alfred de Musset, Alexis de Tocqueville o el duque de Saint-Simon, entre otros, en *Portraits littéraires et philosophiques* (1868); también escribió sobre Honoré de Balzac en *Monsieur de Balzac, ses oeuvres et son influence sur la littérature contemporaine* (1856), en la que menosprecia sin ambages la obra literaria de Balzac, tal y como señala Iwasaki².

Al mismo tiempo, Poitou prestó atención a la novela y al teatro francés, como dejó constancia en *Du Roman et du Théâtre contemporain* (1857), y a los filósofos franceses de su tiempo, *Les philosophes Français contemporains et leurs systèmes religieux* (1864). Defensor incansable de las libertades cívicas, Poitou ejerció desde 1865 como Consejero de Angers. Sobre este tema publicó una obra que alcanzó gran resonancia en su época, *La liberté civile et le pouvoir administratif français* (1869).

2 Fernando Iwasaki señala en su artículo 'El desencanto sevillano de Eugène Poitou', publicado en ABC de Sevilla el 13 de julio 2009: "El lugar de Honoré de Balzac en la literatura francesa nunca será importante ni encumbrado", abundando en lo que ya había expresado el propio Poitou en sus *Études Morales et Littéraires: M. de Balzac, ses oeuvres et son influence sur la littérature contemporaine*: "La opinión del mundo sobre M. de Balzac y los elogios ditirámicos que se le han prodigado es demasiado indulgente para el juicio que este autor merece (...) Balzac ha ensayado todos los géneros literarios y todos en forma deplorable"

Eugène Poitou, gran amante de los viajes y su versión literaria para lectores en casa, escribió y publicó sus andanzas por países exóticos, como el trayecto que realizara por Egipto, *Un hiver en Égypte* (1860), lugar del que consideraba que ya era llegado el tiempo para visitarlo ya que en su época y merced al uso del barco de vapor, “Egipto queda a seis días de Francia y El Cairo no está más allá de una semana de distancia de París”. En su concepción de países inusuales, también entraba España y decidió viajar por nuestro país, *Voyage en Espagne* (Tours, 1869), narración a la que seguiría *Souvenirs d'Espagne* (1880), que se publicó póstumamente y que resulta una copia del *Voyage* abreviada en tamaño y contenido.

A raíz de su trayecto español en 1866, Poitou dejó una interesante monografía sobre la pintura del Museo del Prado, ‘La Musée de Madrid’, publicada en *Revue Historique, Littéraire et Archéologique de l'Anjou* (1867), unos años después de su itinerario hispano y tan solo un poco antes de publicarse su interesante viaje por España. En esta revista de su tierra, Poitou efectuó diversas colaboraciones, entre ellas muchas relacionadas con su estancia española.

La visión de Poitou sobre el Museo del Prado realza que se trata de una reunión de obras maestras. Poitou insiste en su devoción por Velázquez aunque no tanto en los temas religiosos del pintor sevillano, asunto en el que prefiere a Murillo ya que su pintura “es realmente española” y realizada para un pueblo “más sensual que espiritual”.

Su opinión sobre Velázquez se fundamenta en que su amor a la verdad le conduce a un realismo muy diferente del practicado en el siglo XIX, al no caer nunca en la vulgaridad y elogiando especialmente “Los borrachos”, “Las hilanderas” o “La rendición de Breda”. Su frase al enfrentarse a “Las meninas” fue verdaderamente ilustradora de su entusiasmo por este artista: “¿Dónde está el cuadro?”.

3. LA OBRA

La narración que nos ocupa, su *Voyage en Espagne*, en la que hemos traducido su edición francesa de 1884, está escrita con naturalidad, con un estilo brillante y de forma extremadamente amena, describiendo, de forma especial y bien fundamentada, los paisajes españoles y las gentes que los pueblan. Y todo esto lo realiza Poitou desde un criterio tan personal como seguro, con ágil intuición y considerable acierto, siempre desde el punto de vista de un acomodado francés, claro, y procurando comparar los usos y costumbres de su país y el nuestro. Por ejemplo, he aquí la impresión que deja sobre nuestro aceite:

Todo el mundo ha oído hablar del aceite español, pero nadie puede tener una idea de lo que es si no lo ha probado antes. Las aceitunas, sin embargo

están deliciosas pero como si se hubieran conjurado estropear todo lo que Dios ha hecho por ellas, los Españoles han encontrado la forma de extraer de las aceitunas, dejándolas fermentar, un aceite cuyo sabor y olor son abominables, que afecta a la nariz y a la garganta, y que tan solo sabría comparar con una mezcla de aceite de ricino y aceite de candil. Ellos encuentran esto delicioso y, para su gusto, nuestro aceite de Provenza resulta soso e insípido.

Poitou insiste sobremanera, sobre todo cuando se pasea por el sureste peninsular, sobre el carácter oriental del paisaje y las gentes que contempla. Es curiosa su descripción de Elche (Elché para él) cuando asegura que se esperaba encontrar con una especie de ciudad árabe en miniatura, “con una bonita decoración de opereta, como las pequeñas ciudades chinas del norte holandés”. Esta mezcla de árabe y chino nos recuerda las interesantes descripciones que dos viajeros británicos del XIX dejaron a su paso por la Alhambra granadina (Jones, 2010). Uno de ellos, Murphy, señala que “el jardín del patio del Generalife es oriental, en estilo chino”, mientras que otro, Rochfort Scott, relata el estupor de sus acompañantes ante el jardín del Patio de los Leones, “en este caso denominado holandés”. Y es que durante el siglo XVIII se pusieron de moda en Europa las edificaciones que recordaban los cenadores y los puentes chinos hasta tal punto que el éxito se extendió tanto que resultaba difícil encontrar un jardín europeo de renombre que no contase, al menos, con un pabellón oriental. A menudo, como en el caso del parque sueco de Drottningholm, se encontraban enclavados en ellos auténticos pueblecitos chinos. De ahí la curiosa descripción sobre Elche ya que Poitou esperaba una falsificación del natural y se encontró con una realidad que superaba ampliamente sus previsiones.

Con referencia al carácter español, el viajero galo nos deja una aguda y particular visión de alguno de los aspectos más significados que contempla y analiza, por ejemplo, la vanidad, pensando en un episodio que le ocurrió en Málaga al ilustrador del libro, V. Foulquier:

Los españoles son un pueblo austero, se conforman con poco. Carecen de gusto por lo que los ingleses llaman confort, pero son extremadamente dados a la ostentación en el vestir y en el arreglo personal, y a presentarse ante los demás en forma aparatosa. Un español, así no tenga una camisa que ponerse, se embozará orgulloso tras una capa que cuesta doscientos pesos. Otro, a quien no le llega para comer, lucirá sobre su chaleco una espléndida cadena de oro...

Para Eugène Poitou, en suma, los españoles son tan orgullosos (en la segunda mitad del XIX) como lo fueron hace un par de siglos antes y considera los testimonios de su degradación como exageraciones de quienes escriben en los periódicos:

Los españoles no son un pueblo exhausto, sino solo entumecido; paralizado por el despotismo, la ignorancia, la superstición debido al sistemático aislamiento al que se han visto reducidos durante dos siglos

En las últimas líneas de su libro, cuando sus zapatos ya están pisando su dulce Francia, Poitou no puede evitar recordar amarga e irónicamente el país que acaba de abandonar y a sus habitantes:

España es muy bella; pero, es necesario decirlo, los Españoles me han arruinado un poco el viaje, aunque, gracias a ellos, regreso más persuadido que nunca de la verdad de este adagio: viajando se aprende siempre alguna cosa, aunque no fuese más que amar a nuestro país.

Eugène Poitou, persona de gran solvencia económica como para permitirse un largo trayecto por España en el que viajó acompañado de su familia y un amigo, M. de L+++ le llama él, único personaje del elenco visitante que hablaba castellano y conocía las costumbres españolas, puede al fin comenzar su trayecto por España tras haberse visto obligado a aplazarlo anteriormente:

Durante al otoño pasado, el cólera que se había propagado por el país me impidió partir. Más tarde, en el mes de enero, la insurrección del general Prim me hizo temer que contemplaría una nación envuelta en llamas. Ahora, todo parecía en calma aunque no debíamos olvidar que los pronunciamientos (otra especie de cólera endémico en España) podía estropear nuestros planes. Y de hecho, apenas volvía a Francia, en Madrid estallaba la sangrienta revuelta de junio.

Años después, Poitou vio como su libro se traduciría al inglés con un tan largo como pretencioso título (*Spain and its People. A record of Recent Travel with historical and topographical notes*, 1872). El periódico neoyorquino *The New York Times* le dedicaría una elogiosa crítica en su edición del 3 de enero de 1874:

Son muy escasas las reflexiones de M. Poitou sobre la situación social y política. Tal vez el tema no resulte de su agrado. Pero en todos los demás aspectos, su trabajo es una descripción admirablemente completa de este momento de la sociedad española y de España vista por un viajero de paso. Es un libro que se lee de principio a fin sin que decaiga el interés; el lector puede cerrarlo con la sensación de haber obtenido una visión más clara y general del ambiente y carácter de una nación que la aportada por la mayoría de los libros de este género.

Aunque desde el punto de vista del autor de este artículo, Poitou no se ajusta demasiado a la realidad, sobre todo si resaltamos “la vieja leyenda” que pululaba por España y que narraba Poitou, como siempre en forma irónica:

Cuando el apóstol Santiago presentó a la Virgen María a Fernando III, después de su muerte, el Rey Santo solicitó para su patria una larga lista de favores. Todos le fueron concedidos, aunque al final, cuando Fernando le pidió un buen gobierno para España, la Virgen María se negó en redondo: Si te lo concediera, dijo, ¿qué Ángel querría quedarse en el Paraíso?

La expedición de Poitou entró en la península por Irún y el recorrido principal de su trayecto transcurriría por San Sebastián, Alsasua, Pamplona

na, Zaragoza, Alcalá de Henares, Madrid, Bailén, Andújar, Córdoba, Sevilla, Jerez, Cádiz, Gibraltar, Málaga, Granada, Cartagena, Alicante, Elche, Orihuela, Murcia, Aranjuez, Toledo, Madrid, El Escorial, Ávila, Burgos, Pancorbo y salida hacia Francia, según Fouché-Delbosc, (1896, 261). Al viajar casi siempre en ferrocarril y en barco, el trayecto por España le permite a Poitou quedarse todo el tiempo que necesita en las ciudades que él elige pero, al mismo tiempo, le quita perspectiva sobre el resto del país ya que se limita a verlo pasar a través de la ventanilla de su vagón

Los paisajes de España, generalmente austeros, a menudo tristes, poseen una cierta grandeza, sobre todo cuando se percibe un horizonte de montañas. Nada que nos recuerde las verdes campiñas francesas (...) en España el relieve es montuoso por casi todas partes, con valles profundos y montañas abruptas...

Como tantos otros escritores franceses que dejaron constancia de sus periplos por la España decimonónica en la segunda mitad del siglo XIX, Poitou ya se encuentra, o al menos eso señala él mismo, con un país en el que los caminos estaban mejorando a marchas forzadas, donde el ferrocarril ya cubría una parte del territorio nacional y en que el bandolerismo, terrible azote en las décadas anteriores, especialmente tras el final de la Guerra de Independencia donde un número considerable de soldados desmovilizados, con su caballo y su trabuco, se resistían a volver a una vida cotidiana donde la injusticia social campaba por doquier, optando por ganarse la vida asaltando a los transeúntes que cruzaban por su territorio. Así lo describía Poitou:

Nada más desnudo, más salvaje y más triste que esta comarca (La Serranía de Ronda), que durante mucho tiempo fue un refugio de ladrones. Hoy en día el único peligro cierto de pasar por aquí es romperse los huesos en caso de que vuelque la diligencia

Parece evidente que la presencia activa de la Guardia Civil en la lucha contra el bandolerismo influyó en forma importante en la reducción de una criminalidad que llegó a ser agobiante en determinadas zonas de Andalucía, como señala el viajero galo al cruzar Despeñaperros:

Hasta hace no tanto tiempo la carretera todavía era poco segura para los viajeros. Sierra Morena ha sido el refugio donde las partidas de bandoleros se han mantenido más tiempo. De vez en cuando, vemos a lo largo del camino unas pequeñas cruces de madera con esta inscripción: "Aquí mataron a un hombre".

Eugène Poitou no puede por menos que reseñar, con unas ciertas dosis de ironía, que en los últimos veinticinco años las cosas habían mejorado sensiblemente para el viajero que osaba cruzar los caminos de España:

Un viaje por España podía parecer, todavía no hace mucho, como una heroica aventura (...) Hoy se puede ir a Madrid y hasta Sevilla sin ser héroe o embajador. Si todavía es prudente traer su propia cama todas las noches, ya no es preciso transportar la cama. Los ferrocarriles son casi tan rápidos como las antiguas diligencias; y cuando el túnel no se ha venido abajo, el camino no se ha

bloqueado por desprendimientos, o el puente no se ha desplomado o llevado por el torrente, con tiempo suficiente, uno llega a su destino.

Y es que tan solo una década antes, el comisario de la Guerra francés Alfred Germond de Lavigne³, hispanista convicto y confeso que llegó a ser elegido miembro de la Real Academia Española y que se distinguió por sus traducciones de obras españolas al francés, entre otras de *La Celestina* o del *Quijote*, el de Avellaneda, amén de obras de Quevedo, Lope de Rueda o Pérez Galdós, se refería maliciosa e irónicamente a muchos de sus compatriotas contemporáneos, que seguían considerando a España como un inmenso degolladero⁴.

Claro está que este estado de ánimo sobre España y sus red de comunicaciones tenían una razonable explicación si atendemos lo que ocurría tan solo una década atrás, especialmente por las sombrías descripciones que dejaron de este país y sus circunstancias otros ilustres visitantes francófonos, como el suizo Charles Didier, los escritores Prosper Mérimée, Théophile Gautier, Alexander Dumas padre o George Sand, seudónimo de la baronesa Aurore Dupin; el militar galo-polaco Charles Dembowski, el más que probable espía bonapartista Alexander de Laborde en un viaje auspiciado por Manuel Godoy; el aristócrata Charles Davillier acompañado del pintor Gustave Doré o, para no alargarnos demasiado, la que escribió Madame de Brinckmann.

4. EL TRAYECTO ALICANTINO

Hacia las dos de la madrugada llegamos a Alicante. Pero como la puerta de la ciudad estaba cerrada no tuvimos más remedio que permanecer a bordo hasta el día siguiente. Mientras esperábamos, tratamos de dormir algo: imposible; fue preciso más de dos horas para que nuestro equipaje estuviera en condiciones de ser desembarcado y el barco se acostara al puerto definitivamente. Durante este tiempo, trato de buscar algo que podamos comer para reponer nuestros malhadados estómagos, agotados por los dos días de continuos mareos. Lamentablemente, el cocinero estaba acostado; no encontré despierto más que un mozo de cocina que no pudo darme absolutamente nada: todo estaba cerrado bajo llave, incluso el pan y el vino; y, por supuesto, de despertar al chef, nada de nada: un asunto tan complejo no se le permite a un subordinado.

³ Alfred Germond de Lavigne (1812-1896), insigne hispanista, fue el primer traductor de Benito Pérez Galdós al francés y su viaje por la península quedó reflejado en su libro *Itinéraire descriptif, historique et artistique de l'Espagne et du Portugal*. Paris, 1859.

⁴ "Según la opinión popular, España sigue siendo uno de esos lugares que no se deben visitar sin haber testado previamente (...) La gente de fecunda imaginación ha hablado tanto y tanto sobre los caminos españoles que la expresión "viaje por este país" se reduce, todavía, en general, por caminos intransitables, montañas inaccesibles, ríos no vadeables, pantanos para encenagarse, barrancos para extraviarse..."

4.1. Alicante

Alicante, con sus casas blancas o recubiertas con una capa de pintura, posee una fisonomía a medio camino entre italiana y árabe. La ciudad es pequeña, asentada bajo una montaña de roca calcárea, de formas más que singulares, calcinada por el sol. Vista de cerca, no posee ninguna característica especial; me parece más cosmopolita y alegre que Málaga. La *fonda del Vapor* (en castellano en el original), donde nos alojamos, está regentada por un italiano que nos recibe con una enorme cordialidad. Este hombre gentil nos brinda toda suerte de atenciones y consejos: nos sirve un desayuno que en cualquier otra circunstancia hubiera sido muy apreciado por todos nosotros pero que, tras la travesía marítima que acabamos de sufrir, no nos resultó especialmente agradable. El posadero desea conducirnos él mismo a Elché (sic) para servirnos de guía. En Alicante, no hay nada que ver; pero en sus alrededores, a algunas leguas de distancia y por el camino de Murcia, es necesario ir a visitar Elché, una de las ciudades más originales y de las más pintorescas de España.

Saliendo de Alicante seguimos una ruta polvorienta que atraviesa llanuras áridas. El suelo pedregoso está cubierto apenas con cereales de débil aspecto. Pero en poco tiempo el aspecto del territorio cambia: el terreno, más rico, se puebla con cosechadores de trigo; en los olivos se suceden esos enormes árboles tan mediterráneos, las higueras, pero también los almendros y las viñas. Algunas palmeras elevan su cabeza ligera por encima de la llanura; se agrupan, como los árboles familiares y amigos del hombre, alrededor de las viviendas. Su número aumenta poco a poco; bordean los campos y el camino. En algún momento uno cree encontrarse en Oriente.

4.2. Elche

Un bosque, un verdadero bosque de palmeras se extiende ante nosotros (se asegura que hay entre treinta y cuarenta mil de ellas); muchas de ellas son finas y raquíticas, no como las que pueden contemplarse en Italia o Provenza, pobres exiliadas que parecen oscilar y estremecerse bajo un cielo demasiado duro para ellas; pero resultan árboles vigorosos y potentes, cuyo tronco, firme como una columna, eleva su ondulante penacho a cuarenta, a sesenta pies de altura, y cuyas hileras alineadas sobre las plantaciones asemejan naves majestuosas. En medio de este bosque, imaginad una pequeña ciudad cuyas casas guardan fielmente el carácter árabe, las ventanas estrechas, los techos formando terrazas. Solamente se echa en falta las afiladas agujas de los minaretes: incluso la iglesia de Elché está coronada por una cúpula revestida de tejas barnizadas, que le otorga un falso aire de mezquita. El cielo, de un azul vivo, el calor, que hacia las dos llega a ser intenso, ayudan a la ilusión de creermos en las orillas del Nilo, sobre todo

cuando contemplo desde lo alto de la torre de la iglesia este paisaje africano, encuadrado por pequeñas elevaciones de piedra calcárea con las laderas desnudas y quemadas, cortadas totalmente en su cumbre.

Podemos asegurar, sin exageración alguna, que no hay, ni en España ni en Europa, nada parecido a este lugar de Elché. Se trata de una ciudad africana, como si hubiera sido transportada piedra a piedra por una varita mágica de este otro lado del Mediterráneo. El efecto que produce es sobrecogedor, aunque uno haya sido informado previamente de lo que iba contemplar. Yo me esperaba una especie de ciudad árabe en miniatura, con una bonita decoración de opereta, como las pequeñas ciudades chinas del norte holandés. Pero no es así, es la vegetación, el sol y el cielo del Oriente. Cuando haya visto Elché, podrá asegurar que ha estado en un oasis del Sahara.

La ciudad subsiste en gran parte de sus palmeras. No solamente proporcionan dátiles ya que sus hojas, que se lían en manojos en la copa del árbol para que se blanqueen y se trencen a continuación de mil maneras diferentes durante el invierno, se venden para confeccionar unas palmas pascuales que son objetos de un comercio considerable. Por toda España podemos contemplar en los balcones de casi todas las viviendas estas palmas bendecidas que se supone evitan que los rayos descarguen en esa casa.

Bajo la guía de nuestro amable posadero, hemos realizado un paseo por el bosque de palmeras. Todo él está sembrado de campos de trigo y maíz, de jardines repletos de granados y naranjos, donde las acequias distribuyen aguas abundantes por todos lados. Hemos probado los dátiles: son menos dulces que los de Argelia pero resultan mejores que los de Egipto. Un muchacho nos los ha cogido directamente del árbol. La ascensión a la palmera se realiza de una manera simple y muy original. El campesino pasa alrededor de sí mismo una cuerda de aloes que rodea al mismo tiempo el tronco de la palmera: la espalda se apoya en esta cuerda y contra el árbol con los pies, y, aprovechando los salientes que presenta la superficie de la palmera, trepa a lo largo del tronco vertical con la agilidad de un gato salvaje.

La mayor parte de los viajeros, tras haber visitado Alicante y Elché, cogen la ruta hacia el norte para conocer Valencia. Se equivocan. Si desea seguir mi consejo, debe alquilar un pequeño medio de transporte y rendir visita a Murcia pasando por Orihuela. Se trata de una excursión que no lamentaréis.

4.3. La Vega Baja. Orihuela

Se puede ir hasta Murcia por vía terrestre. Pero como quiera que el indicador del ferrocarril de Cartagena señala una estación de tren en Orihuela, he ordenado a nuestro chófer que nos acerque hasta esta estación. Abandonamos Alicante al día siguiente a las cinco de la mañana. El sol se

levanta cuando comenzamos a cruzar las colinas que rodean la ciudad. La mar y las montañas se colorean de rosa; sobre el cielo y el mar se extiende una ligera bruma que llena de tonos armoniosos mezclados con la media luz del amanecer de una dulzura y de un encanto que difícilmente puedo expresar.

Atravesamos, pues, de nuevo Elché; mientras que los caballos resoplan, recorremos una parte de la ciudad que no conocimos el día anterior. Está limitada al oeste por un barranco ancho y profundo, seco en esta estación, pero que durante el invierno la fuerza de sus aguas debe ser terrible. El elevado puente que lo salva, arrastrado en varias ocasiones por las riadas, fue construido hace un siglo en previsión de un plan monumental para la ciudad. Sobre las escarpadas orillas del barranco se alzan macizos de nopales, cubiertos con sus flores amarillas y sus higos rojizos; grupos de palmeras las coronan mientras dominan viejas y arruinadas murallas que se cuelgan sobre el lecho del torrente. Adoro la palmera: me hace soñar, me devuelve al Oriente con sus grandes espectáculos y sus melancólicas ruinas. Posee una elegancia y una majestuosidad incomparables. Su tronco potente que asciende como un surtidor hacia el cielo, ha constituido con toda seguridad el modelo a la poderosa columna de los templos egipcios, y su penacho al caer se asemeja al ancho capitel que las adorna.

La palmera no posee ni el frescor de los follajes florecientes del que se revisten cada primavera los árboles de los climas atemperados, ni su movilidad que ondula al menor sople de viento: ¡pero qué nobleza y aire gracioso! ¡qué variedad en sus grupos, en sus actitudes, sobre todo cuando se encuentran a la orilla de los ríos y las fuentes, cuando se curvan sobre las aguas, levantando su penacho ligero! Aunque su distintivo más importante es la gravedad: es grave como los pueblos de Oriente, con sus solemnes paisajes y sus tranquilos horizontes; se desprende de la palmera como un perfume de la poesía bíblica y un recuerdo de épocas anteriores.

Más allá de Elché, la carretera finaliza; entramos en un atajo, el típico camino español apenas trazado que, a través de los campos, se adapta perfectamente a las sinuosidades del terreno. Pero el país resulta más interesante al encontrarnos en lo alto de la meseta: el horizonte, extenso, está bordeado de altas montañas que tienen una graciosa forma y muestran un color encantador. Las montañas de España se encuentran despojadas de vegetación: vistas de cerca son peñascos abrasados, áridos y escarpados, con cimas terriblemente desnudas, desgarradas por barrancos. Pero contempladas de lejos, la luz de su espléndido cielo las arropa en forma mágica y consigue ocultar su completa desnudez con una gasa transparente, glaseada con el más dulce de los azules, de los rosas más suaves, veteadas de ópalo.

En un momento determinado, contemplamos a nuestra izquierda relumbrar como una lámina plateada la superficie de un pequeño lago. El

camino está bordeado por filas de granados; sus flores de púrpura brillan en el reluciente verdor. Las viñas se alternan con los trigales: las cebadas ya están maduras y comienza su recolección. Todavía seguimos viendo algunas palmeras, no en bosque, como en Elché, pero sí en grupos reunidos alrededor de las granjas y los pueblos. Todos los pueblos por los que pasamos poseen un marcado carácter oriental: sus iglesillas cuadradas, coronadas por una cúpula, se asemejan a las capillas moriscas.

En el extremo de esta ancha llanura, una cadena de montañas color cobrizo parece que nos impide el paso. En su falda se asienta la pequeña ciudad de Callosa de Segura: las ruinas pintorescas de un castillo árabe dominan la población; el campanario surge ligero como un minarete, la ciudad aparece como sepultada en una masa de verdor. No he contemplado en España un paisaje más vivamente coloreado que en este pequeño rincón. Una tribu de gitanos acampa sobre la orilla del camino: los hombres dormían la siesta; los niños, desnudos y morenos como pequeños moriscos, se revolcaban en el polvo, mientras que las mujeres preparaban la comida en las hogueras encendidas.

El camino franquea la *sierra* por una estrecha cortadura; y de golpe, al salir de la garganta, se despliega un ancho y opulento valle: se trata de la llanura de Orihuela, la *Huerta* de Murcia. Por su fertilidad y riqueza se la puede comparar con Lombardía; su vegetación es más variada, más frondosa todavía que la Vega de Granada. Los trigos ya alcanzan los tres pies de alto; las higueras, enormes como robles, se mezclan en los campos entre las plantaciones de granados y naranjos; las blancas moreras anuncian la industria sedera; las viñas se suspenden en guirlandas en los olmos; en los huertos, los árboles de nuestros climas templados, ciruelos, melocotoneros, almendros, confunden sus flores con las de los cultivos cercanos. A la derecha del camino que bordea la montaña, las pendientes rocosas están erizadas de aloes y cactus; aquí y allá las palmeras se levantan en medio de los huertos. Esta mezcla de árboles del Norte con los del Mediodía tiene un toque tan encantador como extraño. La *Huerta* de Valencia es, se asegura, tan rica como la de Murcia: pero no tiene este carácter singular y original, este contraste de dos naturalezas, de dos floras tan diferentes.

Orihuela, que tuvo una enorme importancia en la época musulmana, hoy en día tiene poca vida, a pesar de la prodigiosa fertilidad de su campiña. Pasando por allí preguntamos a un hospedero dónde se encontraba la estación del ferrocarril: nos respondió con aire atónito que nos encontrábamos a más de dos horas de ella. Creímos que el hospedero se burlaba de nosotros, y no quisimos quedarnos a cenar: la estación de Orihuela no podía estar a dos horas de Orihuela. Sin embargo, propusimos a nuestro cochero que nos llevara directamente a Murcia, cuyo campanario se adivinaba en el horizonte. Él prefirió llevarnos a la estación, como se había convenido, y

partimos al instante. En principio, todo fue de maravilla; continuamos por un pequeño y bonito camino que pasaba a través de jardines; los naranjos y los rosales desprendían un olor maravilloso. Pero pronto nos apercibimos que aquél no era un camino de tránsito sino de cultivo, estrecho, sin salida. Subía, bajaba, se inclinaba, se levantaba; diez veces estuvimos a punto de volcar. Nos encontrábamos en pleno campo. De trecho en trecho aparecían algunas casas de campesinos: son bajas, techadas con cañas, y por su forma recuerdan un poco a las casas de los negros en las plantaciones.

A pesar de todo, seguimos por aquel camino más de una hora; nuestros caballos no podían más y querían entrar en todas las casas que encontrábamos; el cochero comenzaba a inquietarse e interrogaba a los campesinos que hallábamos; pero todos respondían de forma imperturbable que nos encontrábamos en el buen camino. Poco a poco el paisaje cambia su aspecto: hemos atravesado en su anchura toda la llanura; nos encontramos al pie de las montañas que la bordea por el sur. El campanario de Murcia se alejaba cada vez más; se podría decir que le volvíamos la espalda. Pero ni la vía férrea ni la estación aparecían por ningún lado. El cochero estaba de los nervios y nosotros comenzábamos a preguntarnos, entre risas, como acabaría aquella aventura.

En ese momento, la Providencia se nos apareció en forma de una tartana con colgaduras escarlatas y cortinas de junquillo, decorada con las pinturas más fantásticas que se pueda imaginar. Este coche antiguo, arrastrado por una mula vigorosa nos ha animado sobremanera: es el ómnibus que lleva a la vía férrea. No portaba viajeros; pero ya que existe un ómnibus, llegamos a la conclusión que existiría finalmente una estación. Continuamos camino siguiendo la estela del extraño carruaje y recomenzamos la ruta a través de los campos. En cada masía creíamos ver una estación aunque pronto se desvanecía esta ilusión. El cochero comenzaba a perder totalmente la paciencia, cosa rara en un español, aunque no había nada mejor que hacer que seguir adelante; ni él ni nosotros podíamos quedarnos a dormir en este desierto. La tartana amarilla y roja camina siempre delante de nosotros, como el caballo de la balada. En fin, tras otra hora de carrera jadeante, distinguimos un poste indicador, una pequeña casa blanca, subimos dificultosamente un terraplén y vimos la vía férrea extenderse ante nosotros; nos encontrábamos en la estación de Orihuela: el nombre destacaba en gruesos caracteres sobre la fachada del edificio. Diez minutos después, nos encontrábamos en Murcia. Hubiéramos llegado a hora más temprana si, en lugar de tomar la vía férrea, hubiéramos continuado por la carretera principal: ¡para que os fiéis de los indicadores españoles!

BIBLIOGRAFÍA

- BRILLI, A. (2010): *El viaje a Italia. Historia de una gran tradición cultural*. Antonio Machado. Madrid, 445 págs.

- BENNASSAR, B. et L. (1998): *Le voyage en Espagne. Anthologie des voyageurs français et francophones du XVIe au XIXe siècle*. Robert Laffont. Paris, 1276 págs.
- CASTILLO MONSEGUR, M. (Ed.) (1990): *XXI Viajes (de europeos y un americano a pie, en mula, diligencia, tren y barco) por el Aragón del siglo XIX*. Diputaciones de Zaragoza, Huesca y Teruel. Zaragoza, 272 págs.
- FOUCHÉ-DELBOSC, R. (1896): *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*. Welter. Paris, 349 págs.
- GAUTIER, T. (1971): *Viaje por España*. Prólogo de Manuel Vázquez Montalbán. Mateu. Barcelona, 366 págs.
- HIBBERT, C. (1969): *The Grand Tour*. Putnam. London, 256 págs.
- JONES, O. (2010): *El Patio Alhambra en el Crystal Palace*. Abada. Madrid, 264 págs.
- MACZAK, A. (1996): *Viajes y viajeros en la Europa Moderna*. Omega. Barcelona, 485 págs.
- MURPHY, J. C. (1813-1815): *The Arab Antiquities of Spain*. 2 vls. Cadell and Davies. London, 25 págs e innumerables grabados.
- PALOMERO, J. y BONET VILLAR, M. A. (1994): *Viajeros franceses por la Valencia del siglo XIX*. Ajuntament de València. Valencia, 290 págs.
- POITOU, E. (1884): *Voyage en Espagne*. Illustration par V. Foulquier. Alfred Mame et Fils. Tours, 395 págs.
- *Viaje por Andalucía* (2004). Ilustraciones de V. Foulquier. Trad. Marie-Christine del Castillo. Renacimiento. Sevilla, 260 págs.
 - *Souvenirs d'Espagne* (1881). Illustration par V. Foulquier. Alfred Mame et Fils. Tours, 1881, 213 págs.
- ROCHFORD-SCOTT, C. (2008): *Excursiones por las montañas de Ronda y Granada*. Estudio introductorio de Antonio Garrido. La Serranía. Málaga, 528 págs.
- SOLER PASCUAL, E. (2006): *Bandoleros. Mito y realidad en el Romanticismo español*. Síntesis. Madrid, 335 págs.
- TORRES-FONTES SUÁREZ, C. (1996): *Viajes de extranjeros por el Reino de Murcia*. 3 vls. Asamblea Regional / Real Academia Alfonso X. Murcia, 1172 págs.